

*Adjunto un texto a propósito de las “marcas” que los significantes (las palabras dejan en los niños por parte de sus profesores)*

*Esto a propósito de los apelativos poco afortunados de una profesora que me he enterado por el intercambio de mails de apoderados.*

*Lo extraje de un trabajo mío de un doctorado que estoy cursando en : “Psicología y educación”.*

*Disculpen que sea algo tan personal pero al fin y al cabo cuando se le dice algo a un niño , siempre es algo personal. Más aún en ellos que están en el camino de hacerse personas.*

### **Autoritarismo y lenguaje concreto. Ausencia simbólica**

Yo cursaba primero básico en el Colegio Alemán de mi ciudad. Lo hacía a medias sostenido en el prestigio de dicha institución, que se fundaba en los mitos de la laboriosidad y del éxito laboral. También se sostenía en esos atavismos casi religiosos que se generan en los hijos de emigrantes respecto de la patria ausente. Mezcla de nostalgias e idealizaciones patrocinadas por la fuerza de los exilios y la ausencia.

Como todo niño de esa edad cargaba con un bolsón demasiado grande para mi tamaño como también para mis afanes por los textos y lecciones. Tan grande, que de poner tanta energía en portarlo podía extenuarme tan tempranamente que esto me hiciera dormirme demasiado pronto. El peligro que eso pudiera pasar radicaba en que me faltase el tiempo para hacer aquello donde yo me sentía más propiamente yo mismo ( lo que a esa edad se va teniendo del Yo). Me refiero a soñar. A incubar sueños en el fecundo espacio de las fantasías . Esto era doblemente peligroso porque yo era un soñador.

En mi casa faltaban muchas cosas como suele ocurrir en una familia de padres separados. Entre otras el Padre. Lo que no faltaba era el sostén de una madre que se esmeraba en que no faltara la falta para de ese modo desear : desear soñar.

Hoy lo puedo decir con un cierto orgullo. De niño era y fui un soñador. Hoy me esmero en no dejar de seguir siéndolo.

El contexto escolar en cambio era de un concretismo del tipo de esos en que “ la letra con sangre entra”, como si la letra fuera una cosa. Cuestión que Freud desde muy tempranamente distingue con aquellos términos de Dingsvorstellung (representación cosa) y Wortvorstellung (representación palabra) a propósito de las re-presentaciones y el papel que ello juega en el advenimiento de lo simbólico, a partir de aquello que “la

palabra se hace lengua". **Es decir los hechos en este colegio valían más que mil palabras.** A esto se agregaba un autoritarismo severo avalado en el culto a la disciplina, el orden y el rigor. La autoridad era bien concreta. Se expresaba en algunos golpes que se disimulaban mal con el eufemismo alemán de Ohrfeige (Golpe en las orejas) . Que al fin y al cabo no sostenía metáfora alguna aparte de la distintividad idiomática. Ya que si uno se daba el trabajo de traducir era concretamente un golpe, en el mejor de los casos si la autoridad no fallaba, en las orejas.

Entre concretitud y sueños como muchos niños, yo pasaba mis rutinas del colegio.

Era un Lunes de mañana en que permeado aún por las fantasías de los juegos y los arrullos maternos del domingo , arrastraba mi bolsón con las dificultades de siempre, por los pasillos siempre demasiado llenos de un bus escolar que se arrastraba con similares dificultades con las que yo a mi bolsón.

Como era un bus bastante viejo no se podía evitar que ciertos calores del motor se filtraran a la carrocería lo que permitía en cierto modo pasar mejor el frío. Disfrutaba de ese ruido acunador y ese calor, por el que pagaba el precio de las emanaciones de un poco de gas carbónico mientras hacía el viaje al colegio.

Esa mañana soñaba con unos anteojos de inmersión que me había traído un tío de regalo, con los cuales yo suponía cuando mejorara el tiempo, me iba a sumergir en el mar de mi ciudad e iba a vivir enormes proezas.

De seguro esa compañerita de curso de ojos celestes y pelo color de oro que a veces me daba empujones en el recreo se impresionaría de tales aventuras y proezas.

El bus a pesar de sus esfuerzos, como de costumbre se demoró más de la cuenta.

La pequeña subida al colegio se le hizo insoportable.

Se demoró lo suficiente como para que a pesar de mis esfuerzos y porque no decirlo un genuino temor, yo llegase tarde a la entrada de la clase.

La puerta de clases estaba cerrada. Aún temblaba (o era yo quien lo hacía) de modo que pensé que tenía la chance de entrar.

Giré el pomo, golpeé la puerta con los nudillos de modo imperceptible y entré.

De golpe, como una premonición de lo que vendría después, me encontré con los ojos de la bruja de Hansel y Gertel que me miraban con violencia y desaprobación.

Gritaba y balbuceaba palabras en alemán que me costaba entender. Lo hacía con tal violencia e ímpetu que sus salivazos me bañaban la cara. Mientras más salivazos recibía más pensaba en mis antiparras de inmersión que llevaba en mi bolsillo.

Mis compañeros permanecían sentados correctamente en sus pupitres : pupitrificados.

En el afán de humillarme, de someterme, de avergonzarme, (El orgullo era un don cultivable como lo ha sido para muchos alemanes de entonces), me exige que cuente enfrente de todo el curso los motivos de mi atraso. Me dice en un gesto de misericordia que si la historia resulta creíble y convincente me perdonaría los castigos. Hay que destacar que los castigos en este colegio se administraban de a varios. Eran siempre plural de modo de no caer en faltas de rigor o mezquindades de ningún tipo.

Me paré frente al curso y conté la historia de mi atraso la que consigno a continuación :

Yo había decidido llegar muy temprano hoy día. Antes de quedarme dormido aferrado a mis anteojos de inmersión que me habían regalado la noche anterior, me prometí a mi mismo cumplir con todos los deberes del colegio de tal manera, que apenas mejorase el tiempo, mi madre me llevara consigo a la playa para de ese modo poder sumergirme y mirar lo que no había podido mirar. (Algo así como mirar lo nuevo, la novedad, lo que me podía causar asombro). Me dormí pensando como podía ser sumergirse en una laguna y explorar su fondo y desplazarme por su extensión de un modo que las olas del mar me lo impedían.

Por eso, por que quería cumplir con el colegio, hoy me levanté de madrugada para venirme caminando , sin el bus y de ese modo no arriesgarme a los atrasos que se generan con ese bus tan viejo .

A esa hora suceden cosas muy especiales y distintas. Por ejemplo los sapos están despiertos y croan muy fuerte mirando la luna. A esa hora de la mañana los sapos cantan.

( mis compañeros asentían y se mostraban entretenidos con la historia).

De pronto un sapo se aparece frente a mí y me interrumpe la caminata. No saben cual fue mi sorpresa al darme cuenta que el hablaba y que yo le entendía.

Hablaba en alemán dije, quizás en un afán de lograr la empatía de la Tante.

Me dice que el tenía la facultad de transformarme en alguien tan pequeño como él por el tiempo que yo estimase.

Que si yo lo permitía podríamos nadar en su pequeño charco y con mis antiparras de inmersión podría descubrir mundos insospechados. Que después de esto podría contarle a mis compañeros acerca de dichas aventuras.

Yo tenía un poco de miedo pero también tenía muchas ganas de sumergirme y conocer ese mundo de aventuras que el sapo me proponía.

Porque lo del sapo era una propuesta.

Acepté y en un instante estaba al lado de el, quien podría creerlo, de su justo tamaño.

(Al fin y al cabo para conocer mundos nuevos uno tiene que cambiar, aunque sea de tamaño. Quizás empeequeñecer un poco la magnitud de su propio narcisismo).

Para tener amigos de verdad al parecer hay que tenerlos del mismo tamaño.

Los grandes son demasiado grandes como para que uno se atreva a ser amigo de ellos.

Esto al parecer le molesto un poco a la profesora ya que soltó algunos salivazos que alentaban más aún esto de sumergirme en un baño de mejor tipo.

En un gesto de audacia saqué mis antiparras y me las puse frente al curso con lo cual el interés aumentó ya que con certeza sabía que habría varios de mis compañeros que no resistían el deseo de probárselas.

Dejé con cuidado mi pesada bolsa al lado de la laguna (dado mi tamaño el charco había crecido), y me despojé de mi uniforme el cual apilé cuidadosamente al borde.

Tomamos impulso con este nuevo amigo al que le puse de inmediato un nombre.

Porque todas las personas tienen un nombre. Si un sapo habla es en cierto modo una persona y por ello capaz de escuchar un nombre. Le puse Froschi para seguir intentando recuperar una simpatía imposible de mi profesora que talvez podría empatizar con este neologismo de raíz germánica y de terminación latina.

Después de una corta carrera nos sumergimos con Froschi de un golpe.

Hay que decir con hidalguía que Froschi se desplazaba bastante mejor que yo, no sólo por su conocimiento de la laguna, sino porque era sin duda más hábil que yo.

Como todos los amigos que son mejores en algo el me ayudo a nadar y me acompañaba en todo momento, a veces alentándome, otras ayudándome directamente tomándome con su mano abierta de modo que yo me pudiese adherir a la membrana que los sapos tienen entre sus dedos.

Pensaba que esta referencia al saber podría salvarme de una paliza que a juzgar por la cara de la maestra se venía encima de un momento a otro.

Como Froschi quería ir más profundo me tuvo que prestar unos tubos de aire comprimido pequeñitos que me puse en las espaldas. Las antiparras no fue necesario que me las prestara ya que como han podido observar yo tengo las propias.

Con este equipo más apropiado llegamos finalmente al fondo.

Mi abuelo dice que tenemos que intentar siempre llegar al fondo de las cosas.

Cuando lo intento con el tarro de galletas de la abuela parece ser que ella no comparte tal sentencia.

De cualquier modo llegamos al fondo.

¿Que puede haber en el fondo?

Bueno, cualquier cosa que no está en la superficie.

Lo que allí había no era sino la casa de Froschi.

Esto ya era más de lo que creo la profesora podía soportar. De hecho ella podía soportar muy poco de todo aquello que escapara a lo que sus sentidos pudiesen corroborar.

Mis pequeños compañeros querían que yo continuara describiendo las vicisitudes de esta historia, de seguro porque ellos también imaginaban como podía haber sido la casa de una rana. Yo no los defraudé.

Describía con profusión, el tamaño de las distintas habitaciones, su ropero donde Froschi guardaba sus distintos pares de aletas, su traje de gala. (Ya que cualquier persona que se precie tiene un traje de gala). Sus corbatas de humita con franjas de distintos colores, en general su mundo que aunque se encontraba en lo más profundo del lago, en lo esencial se parecía tanto al nuestro. Al parecer lo que esta en la superficie en más de algo se parece a lo que esta más profundamente. Son esencialmente parecidos.

Describí con un acucioso detalle como fue nuestro desayuno con Froschi, la calidad de su té, sus pasteles de alga y todo eso. (Con sorpresa con los años al leer Alicia en el País de las maravillas me pareció todo tan familiar).

Finalmente relaté como me puse los pequeños tubos de aire comprimido, las aletas que me prestó Froschi, mis antiparras de inmersión para salir a la superficie y apresurarme para no llegar tarde al colegio.

Describí como recobré mi tamaño normal, como me puse mi uniforme y volví a tomar mi pesado bolso de útiles.

Fui explícito en destacar los esfuerzos de mi carrera, mis afanes e incluso mis culpas por retrasarme en llegar a clases. Recalqué lo importante que era mi Tante y otras oraciones para lograr su piedad. Al parecer demandé lo que ella no tenía y recibí de pronto unas cachetadas en las orejas, las cuales al parecer hacían serie mientras los escupitajos cargados de intersecciones me gritaban : **mentiroso**.

Le balbucee que lo que yo acababa de contar era un cuento, pero eso sólo la hizo enojar más y volvió a gritarme **mentiroso**.

De seguro que ella no sabía que el lenguaje al fin y al cabo siempre sostiene una mentira, en esto de representar al mundo y por ello dejar algo fuera de lo real en aquello que representa.

Las palabras son en esencia mentirosas.

Esto si aceptamos que la lengua es el acceso a lo simbólico.

Para mi profesora sólo contaban las cosas concretas. Esto lo sostenía desde un lugar de autoridad irrenunciable. ***Para ella los cuentos en tanto metáfora , no contaban.***

Afortunadamente, no sé si por una cierta capacidad de resiliencia, si por la dulzura de la voz de mi madre y una tía inolvidable que me leían muchos cuentos, si por otra maestra que más avanzado en primaria lloraba y se enternecía con los cuentos que yo escribía. No sé si por diferenciarme de la lengua que escupe las palabras, la cuestión es que yo me propuse contar cuentos para siempre.

No en vano mi oficio no es sino que el de escuchar las palabras de otro, alentando las metáforas y metonimias que este pueda construir para poder resignificar su síntoma y mitigar su sufrimiento.

...De Froschi no supe nunca más.